

## CONCIENCIA Y VOLUNTAD DE CLÁSICO EN LA PROSA DE PEDRO GARCÍA MONTALVO

CONOCIDO es el famoso aserto de Picasso según el cual el gran pintor decía de sí mismo que si bien en su infancia ya sabía pintar como Miguel Ángel o Rafael, le habían sido necesarios ochenta años, o toda una vida, para hacerlo como un niño.

Pedro García Montalvo (Murcia 1951) escribe en una edad tenida literalmente como de principiante, con la seriedad, circunspección y estilo de un clásico. En Literatura no sucede lo mismo que en las artes plásticas; ningún autor evoluciona hacia el infantilismo, hacia la inocencia prosística. La literatura es un arte intrínsecamente perverso, cada vez se conoce más a sí misma y cada vez, consecuentemente con ello, son mayores los resabios, ecos, homenajes implícitos y alusiones de todo tipo en la producción literaria contemporánea. Hablar del presente libro de García Montalvo (*La primavera en viaje hacia el invierno*, Alcalá de Henares 1981) podría reducirse a esclarecer ese tipo de presencias en su prosa, Conrad, Santayana, Hesse, Miró, Ortega...; pero tal pesquisa sólo daría cuenta de la sagacidad y preparación del crítico no de la riqueza del libro que comentamos.

¿Dónde está, pues, la riqueza de estas páginas?, indudablemente en el goce, tanto en la creación del texto como en su asimilación lectora; un goce que deambula desde la sensualidad descriptiva de la parte que sostiene la narración (¿cómo no recordar estas páginas cuando nos acoja la



fresca umbría de cualquier arboleda en el cálido estío?), hasta el notorio esfuerzo de claridad mantenido en la parte exegética, última, de estas unidades narrativas, o simplemente prosísticas, de las que no sabemos decir si son cuentos, ensayos o artículos.

Pero en una lectura más profunda, se puede observar que la voluntad literaria de estos textos reside precisamente en ese doble valor, en el hecho de que nacen como criaturas literarias dobles. La profusión sensual de la naturaleza incorporada a la narración encuentra su parte anímica, en hilemórfica simetría, en la intelectualización a la que son promocionadas en la parte final; si bien esta sublimación de la materia actante de los cuentos puede sobrevenir también al hilo de la narración, como sucede en "Un monólogo".

Narrativamente estos dobles, y sin embargo unitarios, textos aparecen caracterizados por esa gran virtud literaria que es la brevedad bien entendida, brevedad que podemos encontrar explicitada bajo la forma de cierto fragmentarismo de contenido; y ello hasta el punto de que más se debe hablar de fragmentos argumentales en Pedro García Montalvo que de argumentos propiamente dichos. La materia narrativa de "La primavera..." está compuesta de secuencias intensamente existenciales, captadas por la escritura; la cual, primero las analiza, y posteriormente las explica, transmutándolas durante el proceso en arte. Quizá no se ande muy descaminado quien emparece estas creaciones prosísticas con el género musical del poema sinfónico, en el que un mismo movimiento, que en García Montalvo es el tema, es tratado en distintos episodios, los cuales serían en *La primavera...* las consideraciones sensorial e intelectual.

Fijémonos, por ejemplo, en el primero de estos relatos, el titulado "Divertimento"; allí se nos expone en argumento lo que el autor llama "broma infinitamente matizada", que no es otra cosa que la sucesión de hechos que ayudan a un personaje en un momento determinado de su vida; exactamente los que provocan el inicio de la vida matrimonial del protagonista, vocacionalmente soltero hasta entonces. El sintagma nos ofrece la radiografía de la prosa de Montalvo; los actos que sustentan la narración serían "la broma"; las interpretaciones posteriores "lo infinitamente matizado".

Pero aún nos puede dar otra clave el revelador sintagma acuñado por el propio autor; el hecho de que denomine "broma" a lo que, en otras maneras de entender la literatura, pudiera haberse llamado cuadro de cos-



tumbres, tragedia... (o incluso haber creado el neologismo que los definiera), nos habla bien a las claras de su voluntad comunicativa, de su intención de huir del hermetismo, del oscurantismo prosístico. Montalvo parte de olores, sabores, luces, sensaciones táctiles... y llega a consideraciones que, por otra parte, no sabemos si entender cómo abstracciones, moralidades, o simplemente como enigmas abiertos de inclasificable valoración: leamos como ejemplo esta frase del último de los cuentos, el titulado "La rama de enebro":

"Porque en el espacio de una mirada que dura lo que unos pasos humanos sobre la línea de dos anchas baldosas de jardín, un universo de implicaciones queda abierto, extendido en su belleza y en su rica profundidad."

Pedro García Montalvo sabe muy bien de qué quiere partir, pero también de qué quiere huir. La narración después de Flaubert, de Thomas Mann, o de García Márquez, no puede ser sólo narración. Narrador es sólo aquel que no comprende, salvo en apariencia, lo que escribe, lo que cuenta; novelista es aquel que comprende la ultimidad de la historia a la que da vida, asegura Fernando Savater. Dicho principio es, por supuesto; discutible, pero, en todo caso, lo cierto es que puede dar estos hermosos frutos; quizá ocurra que la causa de su calidad literaria no estribe en el principio literario que los anima, sino en la persona que los desarrolla, con su formación, sensibilidad y dedicación; si así fuera, estaríamos ante la más feliz conjunción de la idea generativa y ejecutante adecuado; como se puede comprobar por ejemplo en esa deliciosa página del libro donde se narra a título de símil, con un inolvidable estudio de las miradas, el encuentro entre el pastor de Tarsis y el caballero celtibérico en las orillas del río frontera y que constituye una miniatura narrativa de exquisita perfección; o, también en la personalidad de esa condesa de Yeste, trasunto quizá de la sensibilidad del propio autor —elegante, discreta, jovial— que quiere enamorar al lector.

En el fondo de esa plusvalía lectora, moral y/o intelectual, de las narraciones de Montalvo late un sentido amable de existencia, un descrecimiento de la abstracción como método eficaz del análisis de la realidad. Se trata de un vitalismo sensible que no trasciende a las cosas de las que parte; sino que asciende desde ellas, siguiendo la trayectoria que va desde



lo ostensible a lo ontológico. Con un muy distinto tono literario Machado hizo lo mismo; la mejor generación de la narrativa clásica norteamericana, estudiada por García Montalvo y a la que él mismo ha bautizado como "la imaginación natural", también. Como la de un Henry James mediterráneo, la prosa de *La primavera en viaje hacia el invierno*, reivindica el derecho de la literatura a seguir figurando entre las bellas artes.

